

TEATRO E IDENTIDAD CULTURAL

Benvenuto Cuminetti

En un texto célebre, Simone Weil vino a demostrar de que forma el *desarraigo*, la destrucción de las raíces humanas en personas y sociedades es, en nuestros tiempos, uno de los factores que más nos amenazan. Efectivamente, las personas y los grupos humanos construyen y enriquecen su propia *identidad histórica* en el tiempo, en la relación vital con la tradición. La dialéctica con su propio pasado, el diálogo y el contraste con la realidad humana y cultural que nos ha constituido y modelado, son la condición necesaria para vivir y para adquirir una madurez cada vez más enriquecida.

La *identidad* es, al mismo tiempo, una consecuencia de las complejas realidades entre las que nos encontramos insertos, y de las nuevas conquistas que realizamos en el tiempo *presente*. Solo así es como podemos llegar a desplegar todo nuestro potencial. El *desarraigo* significa un empobrecimiento del tiempo *presente* de las personas y de las sociedades, ya que este se ve privado de las fecundas relaciones con la riqueza humana del pasado, de los lazos con nuestras vicisitudes históricas, de la posibilidad de comprender plenamente *lo que somos*. Pero la amenaza lanzada a la *identidad*, es también una amenaza lanzada a la capacidad de proyectar el *futuro*. El movimiento creativo de las sociedades y de los individuos está, efectivamente necesitado de *relaciones e intercambios* entre el presente y el pasado; conservando una memoria histórica viva, hay que comprometerse y mirar hacia el futuro. Se ha dicho que el *futuro tiene un corazón antiguo*, para significar el hecho de que el *presente* de las personas y de los grupos resulta algo frágil y humanamente pobre cuando rompe sus lazos con todas aquellas realidades que lo han constituido..

Nuestros tiempos, que son los *modernos*, tienden a destacar y a exaltar sobre todo el *presente*, rompiendo cualquier lazo o contacto con el pasado y con las complejas vicisitudes humanas y culturales que han determinado y siguen determinando nuestras actuales *identidades históricas*. La *modernidad* ha provocado una *ruptura* con lo que históricamente nos precede y lo que está haciendo es empobrecer nuestro presente, que se ve privado del alimento vital que representa la herencia humana y cultural. Pero otro de los aspectos inquietantes de la modernidad es el empuje casi incesante hacia la *homologación* de las personas, de las culturas, de las sociedades, con la desaparición de las

diferencias, de las *diversidades*, de la *originalidad* de cada grupo humano. El desarraigo es, por consiguiente, la consecuencia de la *hipertrofia* del presente con la pérdida de la memoria histórica y del *proceso de homologación*, en un acto generado por el poder de las tecnologías de la comunicación.

La defensa, la salvaguardia y el compromiso en pro de la promoción de la experiencia teatral son unos *actos fundamentales* dentro de una estrategia que desea oponerse a los grandes daños humanos del desarraigo. La fiesta, el rito, el teatro han sido siempre unos *dispositivos* de reforzamiento, de producción y de enriquecimiento de la identidad individual y colectiva. Efectivamente, la fiesta y el teatro se fundamentan en la capacidad de *convocatoria* del grupo humano para "*evocar*", *convertir en algo actual y vivo*, todas las vicisitudes, los valores, la historia y las costumbres de cada sociedad.

A través de sus encuestas antropológicas, Víctor Turner y Clifford Geertz vienen a confirmar el hecho de que cada sociedad posee distintos tipos de actuaciones culturales, de ritos, de ceremonias, de carnavales, de fiestas, de desfiles, que ofrecen a cada grupo la posibilidad de *narrar historia sobre sí mismo*. El teatro, como lo consideran los citados investigadores, es quizás el género más vigoroso y activo de la actuación cultural. El teatro es actividad dramática que la sociedad representa sobre sí misma. El objetivo no lo constituye una simple *lectura* de su propia experiencia, sino una nueva representación interpretativa de sí misma para tomar una renovada posesión y para enriquecer sus propias identidades personales y colectivas.

Las *actuaciones o resultados culturales* suelen también llamarse *metacomentarios sociales*, para así indicar las experiencias intensamente *reflexivas* que esclarecen las vicisitudes conflictivas y los desgarramientos humanos que emergen dentro de los grupos. El teatro es, por consiguiente, un instrumento vivo de la reflexión social, por medio del cual una sociedad intenta examinarse, representarse, comprenderse, y actuar sobre sí misma. Sintéticamente, podemos concluir que la fiesta, los ritos, el teatro, *suspenden* siempre el ejercicio normal y cotidiano de los papeles, interrumpen el flujo de la vida social y fuerzan a un grupo a tomar conciencia de su propio comportamiento con relación a los propios valores. La experiencia de la fiesta y la experiencia teatral, aunque de distintas formas, *engendran y producen* una toma de conciencia de lo que un grupo, en definitiva, es. Estas experiencias constituyen unos actos insustituibles o unas dramatizaciones colectivas que pueden oponerse a la ruinosa amenaza que representa el olvido del pasado, y pueden oponerse al empobrecimiento de un presente privado de sus raíces que se sumergen en el pasado.